

Comentario al libro de Billo Zeledón. Ese famoso desconocido¹

María Amoretti²

Cuando la realidad social pone a un grupo de vecinos en la situación de tener que salir a las calles a manifestar su descontento, lo que el gobierno y los medios -los grandes voceros del consenso nacional- destacan con insistencia, es que la violencia al orden público y al principio de legalidad no es el medio, que tales comportamientos están reñidos con nuestras tradiciones, es decir, con nuestra identidad pacifista, con lo cual están diciendo que los manifestantes no aman a este país, que no son patriotas.

En otras palabras, utilizan normalmente lo que yo llamaría dos coartadas: la coartada de la identidad y la coartada del orden jurídico. Estas dos coartadas no permiten ver la inversión. Me explico: cuando un grupo social se lanza a las calles a protestar es porque este grupo ya ha perdido la paz, víctimas de la violencia de un orden público mal entendido y del

bloqueo institucional. Por eso, cuando se van a la calle no es para alterar el orden público ni la paz, sino para recuperarlos.

Como se ve, en las transacciones semióticas anteriormente descritas, la especulación le roba el significado a la palabra paz y la devalúa tristemente a base de tanta inflación.

Ciertamente que los bloqueos populares perturban la armonía, pero igualmente cierto es que son la única salida al bloqueo institucional, cuyo violento abuso y contumaz sordera, altera la tranquilidad nacional.

La agitación es índice de que la comunidad, otra vez, una vez más, está buscando recuperar el equilibrio perdido.

Basta revisar las páginas de la historia de nuestra comunidad, para darnos cuenta de que los movimientos sociales son inevitables y necesari-

¹ Palabras pronunciadas en la presentación del libro, el 21 de marzo de 2007, en la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica.

² Universidad de Costa Rica. Contactar por: intercambiocicla@gmail.com.

rios en la generación de esa armonía social siempre tan precaria. Por eso, los avances positivos que hemos logrado no han sido fácilmente obtenidos y, lo que es más, en su logro la disensión ha jugado un papel protagónico del que somos profundamente deudores, sobre todo cuando pensamos que por nuestra falta de virilidad, por nuestra cobardía, muchos de los que estuvieron en el espacio de la disensión pagaron con el martirio, el exilio o la marginalización las muestras de su coraje.

Esto fue particularmente evidente para José María Zeledón, Billo, el creador de la letra del Himno Nacional. Ahí se deja ver la posibilidad de que, en ciertas ocasiones, sea necesario suspender el mal llamado pacifismo de los costarricenses y adherirse al otro valor de la identidad nacional: la virilidad, entendiendo por ésta nuestra capacidad de lucha.

Cuando el pueblo le está diciendo al gobierno que ha tomado una mala decisión y que su desacierto le ha hecho perder la calma porque el perjuicio que está sufriendo le ha robado la tranquilidad y lo llena de zozobra, está ejerciendo no sólo su derecho de enfrentar la amenaza, sino que está también cumpliendo con su deber.

La virilidad debe entenderse aquí como el valor, el coraje, para estar en el difícil lugar de la disensión, ese lugar que los gobiernos vilipendian,

muchas veces con ayuda de los medios, calificándolo de infame turba de revoltosas y agitadoras aves. Y lo peor de todo, acudiendo alevosamente al los símbolos nacionales, particularmente al Himno Nacional.

Pero nuestro Himno Nacional tiene una noción de patriotismo muy particular y, por ello mismo, maneja un concepto dinámico de la identidad. Hay que recordar que cuando Billo escribe el Himno, elude cuidadosamente los lugares comunes del pensamiento republicano, pensamiento medular en un Himno como el del 15 de Setiembre, que antecedió a nuestro canto nacional.

Así por ejemplo, es necesario saber que la palabra patria, que aparece en el primer verso del Himno Nacional, es una modificación hecha por el jurado. La versión original decía: "Costa Rica tu noble bandera...".

Zeledón busca sus motivos literarios en un filón muy diferente del pensamiento republicano: lo concreto de la realidad cotidiana. Por eso escribió "bajo el manto azul de tu cielo" y no "bajo el límpido azul", otra corrección del jurado.

El filón que inspira a Billo no genera vínculos cívicos al estilo republicano. De ahí que quien hizo esas modificaciones a la letra haya sido Antonio Zambrana, el maestro de la generación del Olimpo, quien, además, antes de conocer el resultado del concurso,

lamentó que dos poetas latinoamericanos, el peruano José Santos Chocano y el guatemalteco Máximo Soto Hall, no estuvieran en el país y “que Rubén Darío ande por Europa: con estos tres aspirantes más, el apuro de los jueces de la lid hubiera sido grande” (citado por Vargas Araya. En: *Antonio Zambrana*. San José: EUNED, 346). Sin comentarios, usted interprete.

Las virtudes que expone el Himno son: honradez e integridad. De todas las actividades sociales, el Himno selecciona la del trabajo por dos razones: por ser la actividad dominante en la vida diaria de las personas y por su capacidad formativa; del último rasgo se deriva una relación significativa entre trabajo y honradez. Lo que honra es el trabajo y por eso todo mérito debe provenir únicamente del trabajo. De ahí que llamemos honrado a todo aquel hombre que vive de su trabajo. Pero, según el Himno, el trabajo no sólo proporciona honra, sino que además proporciona valentía, virilidad, al darle al ser humano conciencia de su fuerza, es decir, de su capacidad y potencial. Por eso, el derecho sagrado no lo da la Patria, se lo ganan sus hijos y es así como hacen Patria. De ahí también que el autor del Himno, siendo poeta, se llamaba así mismo indistintamente labrador, sembrador, obrero o trabajador del ideal.

Además de la honradez, el Himno propone el valor de la integridad

que, como se verá, no es más que una transcodificación del mismo concepto de la honradez. La Integridad se manifiesta en el Himno cuando destaca la coherencia del trabajador con su ideal hasta el punto en que, a pesar de su amor por la concordia, es capaz de ir a la guerra contra quien sea para defender sus valores porque es leal a ellos, no sólo de palabra, sino de acción; es decir, que somos también honrados, rectos, íntegros, en la relación que tenemos con nuestros ideales. En este aspecto, Martí coincidiría con Billo (lo cual no es de extrañar pues ambos compartieron la misma escuela estética, el modernismo, y sus connotaciones político-filosóficas), pues para este gran pensador latinoamericano, un hombre que tolera un mal gobierno, **no** es un hombre honrado porque le falta integridad.

Cuando me aboqué al trabajo de interpretar nuestro canto nacional fue por mera casualidad. Lo que activó mi curiosidad es que en el Himno había algo que me sonaba familiar en los registros de mi memoria. Resulta que de niña había memorizado la primera proclama de Juan Rafael Mora, aquella del 20 de noviembre de 1855 que comenzaba así: “La paz, esa paz venturosa, que unida a nuestra laboriosa perseverancia, ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada”. Pues bien, fue esta casualidad la que inició mi examen de la letra del Himno.

En mis clases de Sociocrítica allá por el año de 1984, en las que tuve la fortuna de contar con Vinyela como una de mis estudiantes, realicé un mero análisis semiótico, que luego fue publicado en 1987 bajo el título de “Debajo del canto”.

Tal vez lo más destacable de mi esfuerzo fue el hacer notar la traducción que Billo hace de los conceptos de labor y perseverancia por los de lucha y tenacidad, todo, en relación con la noción de paz. Ese descubrimiento me llevó a concluir mi libro diciendo que toda sociedad es problemática porque alberga dentro de sí otras sociedades posibles y que, por tanto, lo que debemos sentir y pensar debajo del canto nacional es que el orden social no es un equilibrio que se mantendrá fácilmente, sino un orden amenazado cuyo perpetuo reequilibramiento constituye una tarea sin final, es decir, una lucha tenaz. En otras palabras, el texto del Himno se inscribía en una larga tradición de resistencia y liberación.

El libro de Vinyela viene a completar el examen del canto nacional ubicándolo desde la perspectiva de su propio autor y su contexto histórico, por lo que su investigación resultó ser más sociocrítica que la de su profesora.

El trabajo de Vinyela era necesario porque, a pesar de mi libro, el autor del Himno continuaba siendo un desconocido. Cuando leemos la obra de

Vinyela nos damos cuenta de la integridad de este hombre y cómo el hecho de haber escrito el canto nacional significó para él una inquietud que lo acompañó a lo largo de su vida.

Según Vinyela Devandas, este obrero del ideal se dio como misión las siguientes tareas:

1. Desgarrar el discurso oficial.
2. Denunciar la corrupción de los gobernantes.
3. Formar conciencia colectiva.

En otras palabras, Billo siempre estuvo frente al consenso olímpico, cuya paz no dejó de perturbar por muchos años. Era un activista, no un pacificador pasivo.

Vinyela Devandas analiza la vida de José María Zeledón, en relación con su símbolo y deja ver cómo escribir el Himno Nacional marcó a este costarricense de gloria y de pena.

De gloria, porque lo inmortalizó y lo colocó en el santoral tico: en 1977 fue declarado Benemérito de la Patria; de pena, porque los administradores del **Panteón Nacional**, antes de su canonización, se cuidaron bien de mutilar la imagen del autor y enterrar sus otros textos, para borrar las huellas del contexto que podría dejar claro las verdaderas intenciones de Billo. Así, Vinyela nos explica el porqué la oficialía del Himno tuvo que esperar más de cincuenta años, hasta el nacimiento de la Segunda

República, cuyos idearios, los jóvenes del Centro para el estudio de los problemas nacionales, tuvieron gran influencia de los ácratas, particularmente de Roberto Brenes Mesén.

Como ácrata y anarquista que fue, el compromiso de Billo estuvo siempre ligado a la idea de la libertad, la solidaridad y la justicia, más que a la idea del Estado y sus gobiernos, de los que siempre desconfió (consideraba la política como el más inno-ble de los ejercicios humanos).

Escribir el Himno, decíamos, lo puso en una situación conflictiva, pues este acto podría desdecir sus convicciones: ¿Cómo un ácrata podría prestar sus servicios simbólicos al Estado y facilitarle culminar el proceso de nacionalización? Bueno, cuando no se está en la plataforma de la dirigencia política, hay modos de beneficiarse de ella aunque sea intersticialmente, como dice Michel Foucault. Esa oportunidad la aprovechó el joven Zeledón, que en ese momento contaba apenas con veintiséis años de edad.

El precio que tuvo que pagar Billo por la decisión de correr ese riesgo fue alto, ya que debió sufrir el resto de su vida la tortura de ver su canto manipulado y puesto al servicio de unas intenciones que no fueron las suyas.

El libro de Vinyela nos muestra cómo, para evitar la cancerosa pro-

liferación de sus significados, Billo se vio obligado a explicar, interpretar y reinterpretar el canto nacional en muchos poemas y ensayos, la mayoría de éstos en cartas, comunicaciones privadas, que ahora se están dando finalmente a conocer en recientes publicaciones.

La primera es la obra titulada *Labrador de ideales. Semblanza de José María Zeledón (Billo)*, publicada en setiembre del 2003, con motivo de la celebración del centenario de la letra del Himno Nacional. La editora de esta excelente compilación de textos y ensayos críticos acerca de la obra de Billo, es Cristina Zeledón Lizano, nieta del Benemérito. La segunda publicación en esa dirección es el libro de Vinyela, el cual es un valiosísimo aporte, pues completa la lectura del Himno Nacional poniéndolo en diálogo con los otros textos de Billo, en una especie de lectura intertextual en la que el autor orienta y reorienta constantemente el sentido del Himno Nacional.

Billo es, pues, el primer comentarista de su propio texto. A partir de la lectura del libro de Vinyela, dos son, a mi juicio, los grandes aportes de Billo a la comprensión no sólo de nuestra identidad nacional sino a la comprensión de cualquier identidad nacional:

El primer aporte consiste en comprender que la identidad tiene un carácter dinámico y regenerativo y en ella, por tanto, la libertad tiene un pa-

pel fundamental. A saber: la libertad está condicionada por esa identidad, pero al mismo tiempo la identidad está condicionada por la libertad, de lo contrario sería una identidad fijista y esclerotizada. De lo anterior se desprenden dos corolarios:

- a. Toda identidad, sea cultural o nacional, es tan sólo la situación en que el hombre se ha de jugar su condición humana, pero no es la condición humana misma, de ahí que siempre esté obligado a asumir la responsabilidad de su propia libertad.
- b. La libertad tiene como límite la humanidad del otro, de ahí que la solidaridad y la justicia sean las únicas alternativas racionales de la convivencia.

El segundo aporte es la comprensión de que la identidad es frontera y puente a la vez, es decir que diferencia, pero no separa necesariamente. Por eso la patria que reconoce Billo es aquella en la que se ejerce un civismo que no cae en la trampa del egoísmo nacionalista. Lección ésta que aprende del marco político y filosófico del modernismo, cuyo mayor discernimiento fue la polémica relación entre lo local y lo universal. Entre mi patria y las otras patrias.

Pero Billo puede descansar en paz, pues como él dijo: "La simiente está echada" y en el mejor lugar de

todos, agregaríamos nosotros, en el fértil campo de un símbolo.

Los símbolos son criaturas vivientes; si bien expuestos a la semiosis ilimitada, dentro del nicho en que nacen hay una autorregulación que resguarda los límites de su interpretación. Independientemente de las intenciones del autor e independientemente de las intenciones de sus lectores, hay una intencionalidad que no le pertenece ni al autor ni al lector; esa es la intencionalidad que la coherencia del mismo texto le da a sí mismo, gracias a la carga social y discursiva sobre la que descansa el sentido de sus estructuraciones.

La prueba nos la facilita también Vinyela cuando nos recuerda los dos intentos de eliminar precisamente los versos que mejor conceptúan su concepto de paz. El primer intento se da en 1970, cuando el expresidente José Figueres Ferrer manifestó en Nueva York su deseo de "buscar la manera de cambiar la estrofa bélica de nuestro Himno Nacional"; y la segunda, en 1991, cuando el expresidente Miguel Ángel Rodríguez propone como sustituto de esa cuarta estrofa las siguientes palabras: "Cuando alguno pretenda tu gloria manchar,/ verás a tu pueblo, valiente y viril,/defendiendo tu nombre con armas de paz". ¡Qué desafuero!

Por eso, si bien la letra del Himno y sus lecturas persiguió a Billo como un espectro durante el resto de su

vida (muere en 1949, a los setenta y dos años de edad), lo que él dejó plasmado en ese texto tiene su propia autonomía. Cualquiera que sea la lectura que hagamos, las claves de la paz social tienen una íntima coherencia que sólo puede ser desmentida sacándolas de su texto. Eliminar esos segmentos significa a desaparecer la posibilidad de resistencia y la legitimidad de ésta, y significa también hacer desaparecer toda la intencionalidad textual de la que venimos hablando. De ahí que esa estrofa haya sido la más perseguida y la más temida.

De todo ello se desprende que para Billo Zeledón, si bien la identidad orienta el rumbo de la sociedad, no puede encadenarnos, no puede convertirse en instrumento de manipulación para satisfacción exclusiva de los intereses de ciertos grupos que dicen representar el consenso.

La libertad y la justicia, como pilares de la paz social que defendió Billo, son sin embargo, dos conceptos que no se tienen simplemente, sino que son algo que se ejerce, es decir, que es algo que se manifiesta sólo en acción. Por eso todos estamos compelidos a ser trabajadores del ideal. Así, mi primer ejercicio de libertad está en comprender que tengo no sólo derecho de participación en el consenso, sino obligación de enriquecerlo para que siendo más justo genere justicia, no importando cuál sea el costo de esta participación. Participo y creo

consenso, no a pesar de mis diferencias, sino gracias a ellas.

Lo anterior implica que no debemos ver la disensión como algo negativo, sino como una oportunidad de enriquecer el consenso. Por eso, la identidad debe ser un espacio simbólico regenerativo y polifónico, en el que no sólo resuenan las voces de todos los sectores, sino también en el que todas estas voces merecen el mismo respeto y atención.

Por esa misma razón estamos revisitando la noción de tolerancia. Esta palabra abriga una connotación inapropiada ya que implica recibir al otro con cierta dificultad; toleramos aquello para lo que sentimos cierta indisposición y terminamos aceptándolo por obligación, porque ya no hay más remedio. La tolerancia pareciera recibir la disensión, muy a su pesar. Esa no es la actitud adecuada: la disensión debe ser no sólo celebrada, sino bienvenida porque la verdad es dialógica: está en algún punto en medio de usted y yo. Así, sin el aporte del otro no es posible encontrarla, sin disensión la identidad se esclerotiza y pierde su riqueza potencial.

Por eso las proporciones de nuestra libertad no terminan en el Himno Nacional, sino que allí comienzan.

Lamentablemente, esto no ha sido lo que hemos visto en los últimos tiempos. Pero el libro de Vinyela es por eso, además de valioso, provi-

dencial, al publicarse justo en medio de un gran debate nacional. Su libro viene a mostrarnos cómo nuestro canto nacional es producto de la vivencia de un civismo particular: el de un ácrata que convoca valientemente a la desobediencia cultural cada vez que ella atenta contra la realización de la condición humana fundamental, es decir, cada vez que ella atenta contra el ejercicio de una libertad cuya única limitación es la humanidad del otro, una libertad responsable y reflexiva...

pero para asumirla hay que perder primero el miedo.

Gracias, Vinyela por tu hermoso e inspirador libro. Cierto es que el símbolo puede defenderse solo; pero conocer al hombre y su circunstancia y cómo dentro de esa circunstancia ejerció su libertad para defender la justicia y promover la solidaridad entre nosotros, nos permite recibir el símbolo de una manera más cabal.